recibieron (dando cada uno su parecer como antes habían hecho) y trataron de la jura, la cual quedó determinada para el día siguiente (y esto sucedió en los primeros días del año de mil quinientos y diez y siete de manera que había ya un año, poco más, que el reino andaba entre estos hermanos en límites y contiendas), y estando la ciudad muy alegre y los hermanos de Cacama muy contentos con ver a su hermano y rey en su casa llegaron nuevas de cómo Ixtlilxuchitl venía bajando de la sierra con un poderoso ejército y que traía intención de asolar la tierra. Alborotáronse todos y suspendióse por entonces la jura de Cacama y trataron de otras cosas, según las requería el tiempo, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXXXV. *De cómo Ixtlilxuchitl vino sobre Otumpa y sentó su campo a vista de los de Tetzcuco y Mexico; y encuentros que con unos y otros tuvo*

O SE DORMÍA IXTLILXUCHITL en las provincias serranas donde se había ido a favorecer de sus moradores acerca del intento que llevaba, antes con la mayor diligencia que pudo los ganó; de manera que los sacó de sus tierras (habiéndolo ya recibido por señor) y los trajo consigo a la jornada que hacía; y cuando vinieron bajando a Tulantzinco (que es pueblo diez y ocho leguas de esta ciudad a la parte del norte) traía ya más de cien mil hombres; debió de tener nuevas de lo que en Tetzcuco pasaba y aceleró su jornada y vino a Tepepulco donde, o por miedo o por amor, fue bien recibido y lo mismo hacían todos los pueblos por donde pasaba y le daban la obediencia como a su rey y señor; y desde este lugar envió sus mensajeros a Otumpa (que era cabecera de toda su provincia) a dar aviso al señor y principales de ella de su venida, y que saliesen a recibirle y darle la obediencia como a su rey. Los otumpanecas, que estaban parciales a Cacama, le respondieron que de ninguna manera lo harían porque ellos no conocían, después de la muerte de el rey Nezahualpilli, su señor, sino a Cacama, su hermano, del cual tenían aviso cómo estaba en la posesión de su reino de Tetzcuco y muy apercibido para defenderlo y que sus tíos, los señores mexicanos, eran en favor y ayuda para contra los que no le obedeciesen. Volvieron los mensajeros con esta respuesta de que se agravió mucho Ixtlilxuchitl y mandó marchar su gente sobre ellos (que juntamente con la respuesta que dieron se quedaron apercibiendo para aguardarle) y en llegando a los términos otumpanecos salieron los de la provincia no a ofenderle sino a defenderle de él si les acometiese; pero Ixtlilxuchitl, que venía enojado, los acometió con toda fuerza y se trabó entre todos una muy reñida batalla y aunque duró un buen rato, luego conocieron los otumpanecas la fuerza del enemigo y reconocieron su daño y se fueron retirando; pero murió el señor de esta provincia estando peleando valientemente con Ixtlilxuchitl; y con su muerte desmayaron sus gentes y huyendo cobró Ixtlilxuchitl la ciudad y apoderóse de ella y de toda su comarca.

Como en Tetzcuco se supo esta nueva (como dejamos dicho) cesaron las fiestas y comenzaron a convocar gente y a formar campo para lo que se ofreciese. Los señores mexicanos se partieron luego de la ciudad a esta de Mexico donde ya corrían las nuevas de lo que pasaba, y todos se apercibieron de guerra, en especial los dos hermanos, Cacama y Coanacotzin, que fortificaron su ciudad y la pertrecharon por todas partes; pero Ixtlilxuchitl que se veía señor de una tan poderosa provincia, como la de Otumpan, haciendo en ella su asiento puso sus presidios y fronteras en Aculman y Chicuhnauhtlan, Papalotla, Tecaman, Tzompanco y Huehuetocan que eran las partes más comunes por donde los de Tetzcuco y Mexico le podían salir a hacer guerra; y de esta manera se confrontó con Motecuhzuma, su tío, y con sus hermanos Cacama y Coanacotzin y sustentó esto hasta el año de diez y nueve que llegaron los cristianos; y muchas veces llegó con su ejército hasta cerca de esta ciudad de México por ver si podía sacar a su tío Motecuhzuma a la batalla, el cual nunca jamás quiso salir; pero enviábale algunos señores de los más valerosos capitanes que tenía para que se detuviesen y hiciesen resistencia en sus demasías y éstos muchas veces volvían desbaratados; y una vez, en una escaramuza que tuvieron, prendió a un señor del pueblo de Itztapalapan, deudo suyo y capitán valeroso de los ejércitos mexicanos, el cual había prometido a Motecuhzuma llevárselo preso y maniatado a su presencia (de que tuvo aviso Ixtlilxuchitl) y por este atrevimiento con que había hablado le mandó atar de pies y manos a vista de todos los suyos y cubrirle de caña seca y le pegó fuego y lo quemó allí vivo; de que cobraron grande asombro los mexicanos y no le osaban a acometer como hasta entonces.

Los hermanos, que estaban en Tetzcuco, estuvieron muchas veces determinados de conformarse con él, aunque nunca se lo trataron por no parecer que mostraban cobardía; pero Ixtlilxuchitl ni les daba guerra ni les hacía mal ninguno, sólo mostraba serles contrario en habérseles puesto en frontera, y la causa que le movió a poner las de Mexico fue haberle salido muchas veces los mexicanos a hacer guerra con ánimo de matarle y desbaratar sus gentes, porque nunca él tuvo ánimo a los principios de hacerles mal, sino defender que los tetzcucanos no lo recibiesen de los tenuchcas por ver a su hermano Cacama parcial con Motecuhzuma y temer no se le entrase en sus tierras con engaño y dolo, y que entendiese Motecuhzuma que si quisiera pudiera pasar adelante, porque todas las gentes que había desde Tlaxcalla y Cholullan hasta cuasi Campech los tenía ya a su devoción y amistad con pacto secreto que entre ellos había y con mucho seguro le enviaban a ofrecer su ayuda (por verse libres de la sujeción de Motecuhzuma). De donde se puede inferir el ánimo dispuesto que tenían para cualquier cosa cuando llegaron a la tierra los españoles, pues con la opresión que pasaban a cada repique de broquel se ofrecían a desamparar al rey de Mexico y pasarse a los que le hacían guerra; pero Ixtlilxuchitl respondía agradeciéndoles su voluntad y certificándoles que si necesario fuese les avisaría para que le ayudasen y que en el ínterin no se removiesen porque no había necesidad. Estas cosas puestas en este estado duraron hasta que

sonó la trompeta de la divina voz, que fue venir los cristianos con la ley evangélica y conquista que los nuestros hicieron de estas gentes que quiso Dios que así estuviesen divisas para que mejor entrasen los que habían de conquistarlos.

CAPÍTULO LXXXVI. *De cómo Ixtlilxuchitl se concertó con sus hermanos, el rey Cacama de Tetzcuco y Coanacotzin y dividieron su señorío*

STANDO LAS COSAS EN EL ESTADO QUE SE HA DICHO y viendo el rey Cacama cómo su hermano Ixtlilxuchitl, aunque estaba en frontera de su ciudad y de la de Mexico con tanta gente, no hacía mal a los tetzcucanos, antes aunque entrasen y saliesen gentes y fuesen de la una parte a la otra, no le pesaba de ello ni hacia molestia ni agravio, y tenía mandado a sus gentes que regalasen a todos los señores que encontrasen y a los que venían a verle los recibía bien y regalaba; entendieron que su intento no era hacerles guerra, ni enojarlos, sino que debía de ser (según había mostrado en algunas ocasiones) el enojo con su tío Motecuhzuma y así determinó Cacama, con acuerdo de Coanacotzin, de enviarle a hablar con unos señores, deudos suyos, a quien Ixtlilxuchitl tenía mucho respeto, y envióle a decir con ellos que le dijese su intento y de lo que gustaba y que si quería quedarse con las provincias de la sierra lo hiciese, que él se contentaba con el reino de Tetzcuco y las demás provincias a él sujetas y que tenía determinado de partir con su hermano Coanacotzin la otra tercia parte de sus rentas, y con esto fueron estos señores que de él fueron bien recibidos y oída su embajada les respondió: por cierto, señores, hagan mis hermanos, muy enhorabuena, lo que más gusto les diere, que en eso no haré contradición alguna; porque mis intentos no han sido de hacerles mal, sino de reprimir el que podía venirles; porque siempre tuve entendido de que nuestro tío, el rey Motecuhzuma, se había de querer para sí el imperio, tan antiguo, de nuestros antepasados los chichimecas y aculhuas; porque entendí, pocos años ha, que en cierta ocasión que el rey mi padre le envió a consultar ciertos negocios (como muy de atrás era costumbre entre ellos) él le respondió (¿y por ventura mis hermanos no lo habrán sabido, y si lo supieron no tienen mi corazón y coraje?) que le dijesen a Nezahualpilli que ya era otro tiempo que el pasado y que él era el rey de los reyes y que no tenía ya que enviarle a apercibir de negocios; porque él solo era el que los había de tratar y no Nezahualpilli. Lo cual oído por el rey mi señor y padre lo sintió tanto que, fingiendo que se quería holgar en sus jardines, se fue una temporada a ellos donde estuvo con más pena que contento tratando en su corazón la discordia y guerras que aquella respuesta amenazaba; y yo, que lo oí y supe lo que pasaba, quedé tan sentido que quisiera luego si pudiera hacerle guerra; porque consideraba que